

DE LA AMISTAD Y DEL DIÁLOGO

LECTURA DADA EN LA
RESIDENCIA DE ESTU-
DIANTES, LA NOCHE DEL
16 DE FEBRERO DE 1914.

POR

EUGENIO D'ORS



GARCIA MONGE y Cía., EDITORES
SAN JOSÉ DE COSTA RICA, C. A.

1919

I

ESTAS divagaciones que van a leerse con prosopopeya inevitable, mejor, mucho mejor fueran para dichas, tenuemente, al oído de cada cual. Pero más de ciento convivimos hoy junto al fuego sacro de esta Casa de Estudiantes, con mucho de Orden de Caballería, que es la Residencia. Amigos ilustres y generosos, además, han querido acompañarnos en la intimidad de la velada. Una simple razón de economía aconseja el sacrificio de levantar un poco la voz, y el otro sacrificio de ponerse a sentenciar en monólogo lo que valdría más insinuar en diálogo, ondeante y diverso, y el tercer

sacrificio, en fin, de ventilar descaramente, ante tantas caras, problemas sentimentales de estos que no gustan de encontrar ante sí, al amanecer a viento y luz, sino un único rostro de hombre, y aún éste con los ojos púdicamente bajos, cuando no oculto tras la celosía de un confesonario.

II

PERO nos dará valor a todos, y acaso sostenga la voz que habla, si desfallecía, el considerar que estas cuestiones sentimentales que van a ser aquí tratadas, estas angustias, estos dolores, no forman hoy, para nosotros, materia de confesión individual, sino parte de una confesión general hispana. Vamos a intentar, sobre algunos capítulos de vida afectiva, un examen de conciencia, no lírico, sino épico... ¡Ay, de una épica nada propicia, en verdad, a ser cantada en octavas reales ni en hexámetros numerosos!

Dijeron, y con razón, algunos,—y yo mismo dije, digo y diré—: «El mal

de los españoles es de cultura». De ahí vino que los mejores,—los mejores somos los que estamos aquí, y los que, fuera de aquí, se esfuerzan con nosotros o como nosotros,—de ahí vino que los mejores nos aplicásemos tozudamente a obra de ciencia... Otras voces se levantaron para clamar: «Sobre miseria de saber,—o bajo miseria de saber,—miseria de conducta. No somos puntuales, no somos laboriosos, no somos valientes ni sinceros». Y ya, entre los mejores de los mejores, nació una pelea por esta otra reforma, con el empeño de alcanzar una aristocracia de conducta... Si hoy, pues, nos juntamos aquí para confesarnos, cara a cara, y en alta voz, de nuestras incapacidades, de nuestras debilidades, de nuestros vicios de sentimiento, y si la confesión nos duele y apena en lo hondo, ¿cabrá esperar reacción, ya que

no medicina inmediata? ¿Cabrá esperar, para el mal que se diga, atención concreta, esfuerzo de mente, y, en los que se den del mismo cuenta cabal, una insistencia, una continuidad en la meditación del pecado, del remordimiento y su purgación, y en el comentario y voluntad de mejora? ¿Si nos percatamos, por ejemplo, de limitaciones trágicas para el ejercicio de la amistad, no probaremos al punto vencerlas, no querremos emprender todos una obra personal y social de reeducación en ese arte, para nosotros difícil, en el *arte de ser amigos*, una obra que lentamente vaya ascendiendo del cultivo de la aptitud cordial, al grado superior que representa ya la capacidad de diálogo, y, a la postre, a aquel grado aún mejor, que sería la usual posibilidad, entre españoles, de la correspondencia epistolar, civil y

caliente, es decir, a aquel grado de superación de lo anecdótico y fatal, en que ya la lejanía no aminora demasiado la compañía?

III

SEÑORES, amigos míos: las cosas tristes que voy a decir nacen de que, tras la experiencia de una década de juventud, tras una comparación personal y atenta entre las condiciones de la vida sentimental en algunos pueblos modernos, tras un acercamiento terco a las existencias individuales, este amigo que os habla ha tenido la visión cruel de que la más grande limitación de la gente hispana estriba en algo vergonzoso, en algo que es, por definición, un vicio de esclavo: *en la incapacidad específica para el ejercicio de la amistad.*

IV

¡COSA atroz para dicha! ¡Cosa cómoda para confirmada, con sólo que cada uno de nosotros quiera ahora dirigir a su alrededor y a sus recuerdos, y al interior de sí mismo, un mirar limpio e impávido! Pronto este mirar nos descubrirá lo siguiente: Que el corazón que un hombre español guarda en el pecho, sin ser peor, en verdad, que el de los hombres de otros pueblos modernos, sin ser más duro, *no parece hecho, sin embargo, para la amistad.* Que resbala o que se revuelve cuando intentamos ceñirlo, mantenerlo en la virtud y la pujanza generosas.

Esta disposición puede ser, es, de hecho, vencida muchas veces. Todos tenemos amigos excelentes: ¡no sa-

bría nuestra gratitud olvidarlos! Todos somos— casi todos —buenos amigos de alguien... Pero,—digámoslo con abierta sinceridad,—la situación cordial ha sido alcanzada por nosotros, en la mayoría de los casos, como precio de una lucha contra algo, que será vicio adquirido, pero que, por la energía de su resistencia, llega a parecernos en ocasiones instinto natural; contra un impulso que, dominado a veces por el moral albedrío, salta, sin embargo, cuando menos se pensaba, y reconquista instantáneamente su fuero... La amistad no parece, por lo común, entre nosotros, blanda y voluptuosa disposición sentimental, sino *ejercicio* voluntario, análogo al de la castidad esforzada y viril. Somos amigos, cuando lo somos, como podemos ser castos, cuando lo podemos ser: por obra y fábrica de dominación.

V

HEMOS conocido espiritualidades altísimas, generosas, que tenían todas las bondades, todas las gracias, pero la gracia, el don de la amistad, no. Así veíamos a menudo a estos hombres replegarse esquivamente en la oscuridad de su familia. Y adivinábamos, en la uniforme amabilidad de sus acogidas, de sus cartas, un fondo trágico de sequedad para lo amistoso. En el otro extremo, en la camaradería vulgar de los círculos, de los cafés, de las aulas y pasillos universitarios, no encontraríamos más confianza verdadera ni más amor de hombre a hombre. Fijáos en este hecho: Cada vez que

aquí muere una personalidad ilustre, un sabio, un escritor, un político, un artista, si nos preguntamos: «¿Quién podría ahora escribir de él una biografía, a la vez íntima e intelectual, una noticia que comprendiese juntos los detalles familiares, las fechas domésticas, los recuerdos de infancia, y la interpretación de la obra y del desenvolvimiento del espíritu, una biografía, en fin, como tarde o temprano vienen a tener, en todas las literaturas modernas, todos los muertos significativos?», hemos de darnos a nosotros mismos esta desolada respuesta: «Nadie...» Nadie puede dedicar a tales vidas el pío homenaje de un documentado recuerdo, porque ellas no se produjeron cálidamente en la intimidad de nadie, en la intimidad, digo, llena, verdadera, descuidada, en la amistad, en fin.

VI

SI ni siquiera alcanzamos a hacer, Dios mío, los gestos de la amistad!... Yo sé de uno de los nuestros que se marchó a Italia y trabó conocimiento allí con un profesor eminentísimo. Acaeció que el tal profesor se aficionase en seguida a la persona y a las dotes de nuestro compañero. También éste simpatizó pronto con el profesor y puede decirse que, a su manera, le quería. Era, además, el maestro hombre ya maduro y muy sabio, grandemente escuchado y bienquisto en su medio, socialmente poderoso, y de relación utilísima; y el nuestro, un estudiante, un muchacho. ¿Creeréis

que, a pesar de todo, el nuestro no cesaba de turbar, de descorazonar al otro con sus reservas, con sus arideces, con la falta general de confianza?... Era que el nuestro no sabía hacer los gestos de la amistad. Introducido súbitamente en ella, encontrábase como adolescente tímido en aventura amorosa o como rústico recibido cordialmente en un palacio.

VII

No digamos que tal sequedad es únicamente exterior, cuestión de rudeza. Ni tampoco tan honda, tan honda, que puede atribuirse a egoísmo esencial. Creo que egoísmo o altruismo, rudeza de maneras o suavidad, poco tienen que ver con el fenómeno de que nos dolemos. Se trata, estrecha, propiamente, ya lo hemos dicho, *de una incapacidad extraña para el ejercicio de la amistad*; de una especie de estado morbosos, de una impotencia, tal vez aparente, hay que esperarlo, tal vez debida más a falta de ejercicio, que a falta radical de disposición; pero tan grave, que ya de lo afectivo pasa

claramente a lo intelectual. Y así una nueva manifestación de la enjutez española para la amistad, la encontramos en una suerte de trágica ineptitud para el diálogo.

Ineptitud para el diálogo: ¿queréis más terrible causa que ésta, de esterilidad intelectual? A mí me parece que sin diálogo,—sin diálogo interior, al menos,—jamás el pensamiento, el pensamiento propiamente dicho, puede nacer. Y aun, en general, me fío poco de que realmente piense el hombre solitario y poco amoroso que se encierra para pensar. Si alguien lleva más de un par de horas en una habitación, es decir, el tiempo de que los rastros de acción y de palabra se hayan en él extinguido, y si al cabo de aquel tiempo, le sorprendéis como le dejasteis, en la misma postura, sin leer ni escribir, y con la frente apoyada en la

palma de la mano, creedme: podéis dar un margen piadoso a la posibilidad de que vuestro hombre medite aún... Pero lo más probable es que duerma.

Y, en el fondo, lo que hacen es dormir, dormir, dormir, esos que encontraréis que os dicen que ellos piensan sin escribir, o que escriben sin publicar, o los que se guardan las cosas que saben o que dan a entender que saben... No, no. Pensamiento significa actividad. *No hay impresión verdadera, en la vida psíquica, sin expresión.* Pensamiento es siempre expresión, creación, poesía. Es siempre algo que sale a fuera, que inevitable, substancialmente se traduce, que desborda del pequeño círculo de la individualidad. Pensamiento, que es manera de amor, vive de palabra, de sociedad y compañía entre hombres;

de colaboración y comunión; de presencia, en cada hombre pensante, de los vivos y de los muertos, de Cultura.

VIII

HE aquí un diálogo sobre el diálogo, sostenido con Octavio de Romeu... —Pero antes, y como lo probable es que los más de vosotros no hayáis oído hablar, hasta ahora, de Octavio de Romeu, me creo en el deber de declararos en dos palabras que este nombre es, más que el de un amigo mío, el de mi capital maestro, el del hombre a quien debo lo mejor de lo poco que yo sepa y sea. Más entrado en años, bastante más, que todos nosotros, ingeniero y misterioso artista, hombre arquetipo además, dandy de la especie mejor, fabricante exquisito de finuras,

de eficacias y desdenes, hombre de cara rasa, frente idealista, monóculo analista y «manos largas, ágiles y precisas, como los instrumentos de la cirugía moderna»—, la única sombra que en tan singular personaje puede obscurecer tales dones, es acaso la desventaja de no existir.

Encontré, pues, un día del verano pasado, a nuestro Octavio de Romeu en un bazar, mercando una maleta:

—¿Partís, querido maestro?—, le pregunté yo.

—Sí, Xenius, —él me respondía—: voy a pasar algún tiempo alejado de aquí.

—¿Baños de mar, peregrinación a ciudades famosas, cura de aguas, cura de reposo, cura de altura?

—No, Xenius; cura de diálogo.

Cura de diálogo, sí. ¿Os sorprende la palabra? Me explicaré. Hay un nú-

mero de cosas del espíritu que me interesan, que me interesan hasta el punto de que, por vagas y puramente teóricas que sean, yo daría en aras de alguna de ellas mi vida, sin vacilar —y, en todo caso, la vida sin ellas me parece carga demasiado pesada—. Pero he pasado largo tiempo sin hablar con nadie de esas cosas. Y siento que, ahora, ellas se osifican dentro de mí, se esterilizan, se empobrecen. No voy, pues, a buscar cura ni alivio a mal ninguno, que mi salud es cumplida; no voy a ver tierras, que ya bastantes tengo vistas yo, gran viajero ante el Altísimo; no voy a gozar de paisajes, que detesto, ni de museos que, en mi estado actual, me harían bostezar de fastidio. No busco panoramas, ni nieves perpetuas, ni rebaja de ácido úrico, ni descanso y olvido. Busco simplemente un Interlocutor,

—cosa exquisita e inapreciable—, un Interlocutor...

Lo que aquí no hallo, estoy seguro de encontrarlo a los pocos pasos que dé, en el primer hotel alpino. Encontraré a aquellos bondadosos, aquellos joviales profesores en vacaciones. Encontraré a aquellos pastores protestantes y a sus familias, tan informadas, tan apasionadas de negocios intelectuales. Encontraré al estudiante y al snob—¿por qué no?—al snob y a la snobineta, y a aquellos que viven tranquilos, con una renta muy limitada, dados nada más que al cultivo y ornato de su mente. Y por unos días será una fiesta, una orgía cuyo recuerdo me podrá consolar y nutrir por meses y meses...

Aquí maese Romeu se interrumpió, porque el mercader le enseñaba una maleta. Pero yo continué reflexionan-

do sobre esta otra tragedia española, nuevo aspecto de las enjuteces para la amistad: sobre la incapacidad de diálogo.

IX

NO llamemos así al juego de monólogos intercalados, por instrumento de interrupciones más o menos bruscas. Ni tampoco a aquellos interrogatorios, en que una de las partes, maquiavélica, extrae todo el jugo a la otra y la hace largamente «cantar», sin descubrirse ella. Ni al cambio de generalidades rústicamente miedosas, de compromiso, en que nada se da, ni por una ni por la otra parte, como aquellas conversaciones famosas, tejidas únicamente de preguntas recíprocas, de que Maupassant nos ha dejado el tipo normando, y algunos humoristas judíos el tipo israelita, y de que no faltan tipos y ejemplos aquí.

No, todo esto lo tenemos nosotros; pero todo esto no es aún diálogo. El verdadero diálogo empieza allí donde, por medio de la diserta palabra, se da y se recibe, y se recibe y se da con cierta proporción, pero sin cálculo, en obediencia dulce a los sentimientos de humanidad, de civilidad, de curiosidad; proporción y correspondencia que aun en los diálogos entre maestro y discípulo pueden florecer. Pensad en los mismos diálogos socráticos. Sócrates, es verdad, enseña en ellos, y, con una lucidez plenamente artística, los dirige. Pero los interlocutores no son *resonadores* simplemente; no son *espejos*, en que se mira el hombre glorioso; son verdaderos colaboradores. Y en la caza de la verdad, si el maestro cobra la pieza, ellos han corrido y estrechado el asedio. En premio justo, la pieza cobrada es de todos, para es-

piritual nutrición de todos y acrecentamiento de la inteligente virtud...

Y tengamos en cuenta, además, que estos diálogos, tal como han llegado a nosotros, son obra de discípulo, y obra teórica, no dramática. Se entiende, pues, que, cuando aquellos se producían en la realidad, debieron de ser mucho más vivos, y la intervención de los interlocutores menos dócil y ordenada; y que, por consiguiente, en ellos, el maestro, debió, históricamente, recibir a cambio de lo que dió, mucho más de lo que hoy pueda parecernos a través de las reconstituciones de los discípulos filósofos.

X

OTRO ejemplo famoso de diálogos reales, históricos, en la literatura universal, —dejamos los imaginarios, porque en ellos el subjetivismo corre libremente, —es el de los muy selectos que se cruzaron un día entre Goethe y Eckermann y fueron después coleccionados por éste. Podemos hoy creer, al repasar superficialmente la colección, que el maestro monologaba en ellos, exponiendo doctrina, glosando intimidad de alma o narrando anécdota. Pero hay que tener en cuenta que el texto en que solemos leer estas *Conversaciones* no es el pristino y auténtico. Los editores, y sobre todo los

traductores, han creído, por lo común, poder suprimir o abreviar extremadamente la parte de Eçkermann en las mismas. Se obtiene así un libro más substancioso, sin duda, pero un trasunto menos fiel del buen espíritu goethiano. El espíritu goethiano, esencialmente científico, no pudo producirse, ni aún en la extrema vejez, con dogmática manera. ¿Ni como hubiera dejado de ser un verdadero *dialogador*, en el sentido estrecho que hemos dado a la palabra, quien, por aquellos mismos días, se había rodeado de una manera de Ministerio de conversación, compuesto de especialistas competentes, el bibliotecario Riemer, para hablar de filología, el pintor Meyer, para la pintura, el arquitecto Coudray, para las construcciones del Estado, el canciller Müller, para la política europea, el traductor Soret, para la mineralo-

gía, y cada persona de la familia y cada visitante, para aquello que de ciencia o noticia podían traer para nutrir el ávido espíritu del gran hombre, ocupado hasta la muerte en el trabajo del propio crecimiento y perfección?... En los mismos textos de las *Conversaciones*, que solemos tener a mano, notemos que, aún prescindiendo de la parte de Eckermann, casi todo lo que Goethe dice, le es sugerido por lo exterior, dado a medias por los hombres y por los acontecimientos. Olímpico, si queréis, pero olímpico literalmente; no contemplándose, inmóvil, el ombligo, como un Buda; sino entrando, cada noche, como un Júpiter, en la yacija de las hijas de los mortales.

XI

COMPARAD esta manera socrática y goethiana, con la de un político español de quien se me ha contado que es imposible ir a referirle nada, pues enseguida toma aires de estar más informado que el narrador. Comparadla con la del usual *Miles gloriosus*, que no se cansa de referir su campaña, impacientado por una interrupción cualquiera. Comparadla con la del embajador nuestro que, después de años de residir en Berlín, no sólo no conocía aún el alemán, sino que tenía furiosamente prohibido que entrasen en su casa los periódicos locales. O con la de este Cardenal compatriota que ha muerto sin haber puesto jamás los pies en los museos de Roma. O

con la de un famoso erudito español, ya difunto, Gran Inquisidor retrospectivo, que tenía, en realidad, curiosidad tan corta, que de él me decía Farinelli, que jamás se le había ocurrido marcharse de excursión a Toledo. Comparadla con la de tantos esquivos a ultranza, y con la de tantos otros que conocemos, que se parapetaron detrás de una doctrina, y ya no la cambian ni la cambiarán por lectura de noticia ni por escuchada palabra de hombre. Y con la de tantos monologadores de cátedra. Y con la de tantos monologadores de café. Y con la de tantos parleros que conversan abundantemente, en apariencia, pero cuya conversación es siempre un sacrificio, en que hay un verdugo y una víctima, una víctima que es el más tímido de los dos parladores, el más discreto o el mejor educado.

XII

Y cuando la comparación anecdótica sea hecha, ascendamos de nuevo a lo ideal para decir que el hombre que habla en monólogo, que da y no recibe, obra en función de Pensamiento dogmático. El que lo hace según los «interrogatorios» a que nos referíamos, en que recibe sin dar, obra en función de Pensamiento político. Pero el que entrega y recoge, y recoge entregando, y entrega recogiendo; el que «dialoga», en fin, obra en función de Pensamiento filosófico; éste, estrictamente, piensa. Y lo que tiene de grave todavía la ineptitud para el diálogo, es que no solamente constituye signo

y fuente a la vez de inferioridad afectiva, sino de inferioridad intelectual. Quien íntimamente rechace la posición, en el fondo irónica, de todo conversar, no será capaz de alta ciencia. Se verá reducido, si tiene osadía, al pensamiento dogmático; si fuese cobarde, a las sinuosidades de la rústica conversación a la normanda o a la israelita.

XIII

CULTIVEMOS, pues, el santo diálogo, hijo de las nupcias de la inteligencia con la cordialidad. Y para que él nos sirva de útil o instrumento en lo de despertar nuestra actitud para hacer amigos, esforcémonos aún, compañeros, en una obra difícil: en traer al diálogo amistoso esa flor de la intimidad que es la confesión... Porque hay mucho veneno en nuestras almas, amigos míos. Hay mucho veneno que la vida dejó en ellas, y que no ha encontrado derivativo en eso que sólo se puede decir cuando un brazo pasó por debajo del brazo amigo y tal vez cuando dos corazones se tocan.

Existe una tortura sentimental, común no ya a los jóvenes españoles, sino a todos los de nuestro siglo, a los que yo acostumbro llamar «nuevecen-
tistas»,—a los que se han producido a actividad viril, del Mil novecientos acá—. Nosotros venimos tras un período de romanticismo, tras un período en que, so color de sentimental desbordamiento, lo que ha dominado es el histrionismo sentimental. Los que con mayor finura y delicadeza de espíritu presenciaron las últimas y más abyectas manifestaciones de tal histrionismo, han concebido por él una repugnancia que, por lo continuada y violenta, se les ha adentrado hasta lo más hondo, hasta las raíces mismas del carácter... Y un hombre que tiene en las raíces del carácter aquella repugnancia, ¿no corre riesgo de desconfiar demasiado, aun del pro-

pio sentimiento? ¿No corre más riesgo, todavía, de injusticia hacia los sentimientos de los demás?

El ambiente del siglo XIX fué de sentimental cinismo. Ya lo heredaba de Rousseau. El día en que Rousseau contó a los hombres cómo había llevado a sus hijos al Hospicio, fué para la humanidad entera como la hora en que una modelo de pintor sube por primera vez, desnuda, a una tarima. Después vino toda la literatura romántica. Vino Jorge Sand y ya era una mujer la que no se avergonzaba de mostrar el desorden de los sentimientos. Vinieron los románticos del decadentismo y ya un Verlaine se arrastró cantando, en odas y odillas,—admirables, por otra parte—, sus pobres vicios seniles. Y ha venido cerca de nosotros alguien, cuya importancia literaria no es aún demasiado cono-

cida, pero que yo creo poder definir por el hecho de haber dado, en la historia universal del cinismo, el último paso, lleno de valor de mal. Hablo de Charles-Louis Philippe. Charles-Louis Philippe es el primero que, ante los ojos de los conmovidos lectores, se ha atrevido a la confesión literaria de la POBREZA; no de la miseria, que tiene un valor heroico; no de la humildad, que incluso puede ser elegantemente horaciana; no de la pobreza con sentido social, como tantos habían hecho; sino de la pobreza a secas, sin orgullo, sin modestia, sin esperanza, sin poesía; de una vergüenza enorme, y que nunca había sido declarada.

XIV

LA reacción de los delicados ha rodeado nuestra vida afectiva de hombres modernos de un muro de desconfianza, de sequedad, de timidez. Hay un libro, un pequeño libro enorme, el *Adolphe* de Benjamín Constant, —no conocerá bien el siglo XIX quien ignore esta admirable novela, que es, en cierto sentido, el reverso del *Werther*, los *bastidores* psicológicos del *Werther*—, en que, con palabras de amargura sutil, se habla ya de nuestra angustia. Estas palabras di-

ríanse escritas en la puerta del infierno silencioso y sin aire en que ha sido preciso que viviesen, mientras han durado las abyecciones del romanticismo, las almas recatadamente sensibles y delicadas:

«Yo no sabía entonces lo que era la timidez, este sufrimiento interior que nos persigue hasta la edad más avanzada, que hace retroceder hasta nuestro corazón las impresiones más profundas, que desnaturaliza cuanto intentamos decir, y que no permite que nos expresemos sino por palabras vagas y de una ironía más o menos amarga, como si quisiéramos vengar sobre nuestros sentimientos mismos, el dolor que experimentamos por no poder darlos a conocer... Yo no sabía que, incluso con su hijo, mi padre era tímido y que muchas veces, después de haber esperado de mí, durante mucho tiempo, aquellos transportes afectuosos que su aparente frialdad parecía prohibirme, me dejaba, con los ojos húmedos de lágrimas y

se quejaba ante otras personas de que yo no le quería.»

Una fina corriente de pura literatura intelectual, que atraviesa incólume los peores desbordamientos del «pathos», enlaza estas palabras, por Merimée, por Stendhal, por Joubert, con el siglo XVIII, y llega por el otro lado hasta nosotros, recogida y transformada por Flaubert, por Enrique Ibsen, por Bernardo Shaw, por los grandes caricaturistas trágicos de la sentimentalidad. Todos hemos leído aquella *Education sentimentale* flaubertiana, en que la protesta del gusto contra el sentimiento aparece con una grandeza, con una lucidez, que dan escalofríos. Y esto, esto lo tenemos dentro de nosotros; y de ahí nos viene nuestro vigilar, nuestro sujetar obstinado las manifestaciones de nuestra sensibili-

dad. Y como lo de fuera se traduce siempre en los adentros, la coerción y martirio de los gestos traen coerción y martirio de las almas; traen la vana inquietud, el dolor, más cruel por su vaguedad, la tortura.

XV

EL único remedio contra esa tortura es darla a luz, articularla, confesarla. «Echa al mundo ese monstruo que te atormenta las entrañas, — aconsejaba Goethe al artista doliente, — ¡redáctalo!»... No todos son artistas; no todos pueden redactar los monstruos, pero todos pueden confesarlos, y parirlos así. Que quien no construya una obra, construya una amistad. Que quien no pueda confesar su dolor a las largas generaciones, lo confiese a la atenta oreja amiga. Y si éste es español y las tragedias de su raza le han dado en herencia vicios de esclavo, y, entre ellos, la ineptitud para la

amistad viril y para el diálogo verdadero, que intente con un esfuerzo heroico vencer aquellos vicios. Que huya de la solitaria sequedad como de la vulgar camaradería, con los ojos puestos en un ideal, que se contiene en ciertas palabras de Octavio de Romeu, el ya citado maestro inexistente, y con las cuales voy a despedirme de mis compañeros de Residencia, y de los claros espíritus que han querido darnos esta noche el regalo magnífico de su compañía:

XVI

QUISIERA, —dice a menudo Octavio de Romeu, — *quisiera, cuando la hora fuese llegada, morir en los dulces brazos de un amigo tal, que, con conocernos de toda la vida y amarnos con toda el alma, no nos hubiésemos tuteado jamás*».

Adiós.

